



## Corpus Christi 2009

Celebramos hoy, con la mayor solemnidad, el mismo misterio Eucarístico que actualizamos cada día como memorial de la muerte y resurrección de Jesucristo. En cada Eucaristía, el Señor se entrega como sacrificio redentor para el perdón de los pecados y como sacramento del Cuerpo de Cristo, que se nos reparte para ser comido como Pan de la Vida y ser adorado con amor y gratitud.

Sin embargo, en esta Solemnidad del Corpus Christi se pone de relieve en mayor medida el misterio de la presencia real de Cristo en el Pan y en el Vino, consagrados por el Espíritu Santo como sacramento de su Cuerpo y de Sangre. Esta relevancia mayor de la presencia real se manifiesta en la Procesión del Sacramento del Cuerpo de Cristo por las calles de las ciudades y pueblos, para ser adorado públicamente por los fieles.

La Palabra de Dios hoy proclamada se refiere en primer lugar a la Alianza del Sinaí, que es el origen y el prototipo de todas las demás alianzas de Yahvé con su pueblo.

El texto da a entender que esta alianza concierne a todo Israel. Por dos veces se afirma que el pueblo respondió a una voz: *“Haremos todo lo que manda el Señor y obedeceremos”*. Y, además del altar, Moisés levanta doce estelas o columnas de piedra, por las doce tribus de Israel, que son erigidas como símbolos conmemorativos y testigos presenciales, que darán testimonio de los compromisos asumidos por el pueblo de Israel frente a su Dios. Serán recuerdo y memorial de los compromisos de la alianza.

Sobre el altar, Moisés ofrece a Dios la mitad de la sangre de las víctimas inmoladas como holocausto y sacrificio de comunión. La otra mitad será rociada sobre el pueblo como *“sangre de la alianza que hace el Señor con vosotros sobre todos estos mandatos.”*

Este rito de la sangre es el más característico de la alianza del Sinaí, y está puesto en relación directa con las palabras de Yahvé, dadas como mandato a Israel. Desde el momento de la alianza comienza a existir un vínculo y relación especial entre Dios y su pueblo, que los profetas, siguiendo la línea de Oseas, presentarán como una relación de amor.

La iniciativa viene de Dios, que revela al pueblo su ley y sus mandatos y cuál ha de ser la forma de relación entre ambos. Pero el pueblo ha de dar su respuesta libremente, ha de comprometerse con Dios, para ser su aliado. *“Haremos todo lo que manda el Señor y lo obedeceremos”* es la respuesta que resume la actitud del pueblo de Dios en fidelidad perfecta a su Señor. No podría haber mejor actitud, porque el principio de la alianza es el amor. Y el amor consiste en conformarse con la voluntad de la persona amada. *“Amarás, pues, a Jahvé tu Dios, y guardarás sus... mandamientos todos”*



*los días*” Dt 11, 1). Por este motivo, recordará a Israel el profeta Jeremías: *“Así dice el Señor, Dios de Israel: Obedecedme y haced lo que yo os mando; entonces seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios”* (11,4).

Tal Alianza es una relación de vida, que afecta a lo esencial de la vida y a su totalidad. Y ¿cuál podría ser su señal, su sacramento, si no es la sangre? *“Porque la vida de toda carne es su sangre”* (Lv 17, 14). Y la sangre derramada representa la vida. Es lo más santo que hay en la víctima. Por eso, el ritual levítico exige que la sangre sea reservada para el altar y sea difundida por manos del sacerdote. Compartir la sangre de las víctimas inmoladas es tomar parte en la misma vida, hacerse vitalmente solidarios. Y esta convicción inspira también la práctica de comer juntos una víctima ofrecida en sacrificio.

Moisés rocía de sangre el altar, que representa a Dios (Ex 20,24). Y con esa misma sangre, *“la sangre de la alianza”*, rocía al pueblo congregado. Así, los “aliados” están unidos en una misma vida, para una vida común.

La Alianza, al ser una relación de vida, es viva como la vida misma y debe ser incesantemente nueva o renovarse como la vida. Y, como la historia no se repite, es preciso que la Alianza vuelva a ser pensada, sea rehecha en función de las nuevas circunstancias de la historia. Lo mismo que el amor, que es el espíritu y el motor de la alianza, ésta es una institución cuyos componentes no han sido fijados de una vez para siempre. Lo mismo que el amor, la alianza es la búsqueda constante del otro, la insatisfacción de sí mismo, la generosidad siempre despierta, el asombro y la invención incansables. Es un perpetuo espíritu de reforma y superación. Es todo lo contrario de la costumbre. Y, así, no es sorprendente que las grandes renovaciones de la Alianza hayan tenido lugar en momentos decisivos o críticos de la historia de Israel.

Ante la infidelidad del pueblo a Jahvé, los profetas recordarán que la Alianza es un acto de gracia y de benevolencia de Dios, expresión del amor de Dios a su pueblo. Hablan de la Alianza en términos de amor conyugal, de matrimonio, de armonía profunda y de comunión en la fidelidad recíproca., no habiendo faltado nunca la fidelidad de Jahvé, pero estando en perpetua crisis la fidelidad de Israel. Pero Jahvé no cesa de llamar al infiel a la conversión y le promete la renovación de la Alianza y nuevos desposorios. Tal es la doctrina del Deuteronomio: La Alianza existe siempre “hoy” (Dt 26, 17-18; 29, 6-14). La Alianza es inspiración, medio de vida, comportamiento. Está en el corazón de todo proceso de conversión y regeneración interior.

El profeta Jeremías habló de la Alianza de la manera más perfecta: *“Vienen días, oráculo del Señor, en que yo sellaré con el pueblo de Israel y con el pueblo de Judá una alianza nueva. No como la alianza que sellé con sus antepasados el día en que los tomé de la mano para sacarlos de Egipto. Entonces ellos violaron la alianza, a pesar de que yo era su dueño. Esta será la alianza que haré con el pueblo de Israel después de aquellos días: Pondré mi ley en su interior; la escribiré en su corazón; yo seré su Dios*



*y ellos serán mi pueblo. Para instruirse no necesitarán animarse unos a otros diciendo: “Conoce al Señor”, porque me conocerán todos, desde el más pequeño hasta el mayor, oráculo del Señor. Yo perdonaré su maldad y no me acordaré más de sus pecados”* (Jr 31, 31-34) Lo nuevo será no tanto el pacto y la ley, sino la interiorización en el corazón del hombre del amor necesario para la vida en la fidelidad a la alianza.

La Alianza nueva, anunciada por Jeremías, ya se ha realizado y tiene en Jesús su mediador y sumo sacerdote de los bienes definitivos. *“Mientras comían, Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo: Tomad, esto es mi cuerpo. Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se lo dio, y todos bebieron. Y les dijo: Esta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos”*

Al decir estas palabras, cuando todavía está sentado a la mesa con los apóstoles, Jesús anticipa el derramamiento de su sangre. Y como habla de la “sangre de la alianza”, Jesús remite al origen de la alianza en el Sinaí, pero muestra también cómo la antigua alianza queda superada por la nueva (1 Co 11,25). La segunda lectura ha indicado la distancia que existe entre aquel comienzo y esta plenitud.

La “sangre de la Alianza” no es ya la sangre de machos cabríos ni de toros, sino la propia sangre de Jesús (He 9, 12), entregada para expiación, purificación y perdón de los pecados (Ro 3,25; Ef 1,7; He 9, 22; 1 Jn 1,7; Ap 1,5) y para la justificación, reconciliación y liberación de los hombres (Ro 5,9; Col 1,20; 1 Pe 1, 18-19). Lo que hizo Moisés como anuncio lo ha llevado a cabo Jesús perfectamente como Alianza eterna.

En relación con Cristo se habla de otro sumo sacerdote: el de los bienes definitivos; de otro tabernáculo, más perfecto y no hecho por manos de hombre, es decir, del templo de su cuerpo; de otra sangre, la propia de Jesús; de otra forma de entrada en el santuario, de una vez para siempre; de otra purificación, de la liberación y de la herencia eterna; y de otra consagración, no ritual externa sino por el Espíritu eterno, que nos lleva al culto del Dios vivo en espíritu y en verdad. Pero el rasgo más característico de la Nueva Alianza viene dado en relación con el ofrecimiento por Jesús de su propia sangre, símbolo de la entrega de su propia vida en sacrificio por todos.

Cristo se ofreció a sí mismo, sometándose a la acción transformadora de Dios a través del sufrimiento. El sacrificio de Cristo es personal, existencial y voluntario. Cristo padeció, sufrió la pasión como víctima, pero fue espiritualmente activo como sacerdote, con el poder del Espíritu eterno, que le concedió la victoria por su obediencia. La fuerza del Espíritu se manifestó en Jesús de dos maneras: haciéndole capaz de mantener la adhesión perfecta a la voluntad de Dios; manteniéndole en la solidaridad fraterna con todos los hombres hasta la muerte. Y en estas dos manifestaciones se expresan los dos aspectos del amor evangélico: el amor a Dios y el amor a los hombres.



Carlos López Hernández

La unión de estos dos amores determina la eficacia salvadora de la entrega de Cristo. La obediencia total a Dios y el amor a los hombres, hasta el extremo de dar la vida por ellos y de entregarles su cuerpo y su sangre, introducen a la humanidad en la comunión definitiva con Dios. Por la comunión del cuerpo de Cristo, su amor actúa en lo más profundo del hombre, purificando su conciencia y haciéndole capaz de establecer una relación auténtica con Dios y de darle el culto auténtico en espíritu y en verdad. Y así Jesús se revela en cada eucaristía como el mediador de la nueva Alianza.

Hay una clara correspondencia entre las palabras de Jesús: *“Tomad, esto es mi cuerpo... Esta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos”* y la declaración de la carta a los hebreos sobre Cristo como mediador de una alianza nueva, en la cual *“ha habido una muerte que ha redimido de los pecados cometidos durante la primera alianza; y así los llamados pueden recibir la promesa de la herencia eterna”*.

La Eucaristía es actualización de la nueva Alianza sólo porque el pan es realmente el cuerpo y la copa contiene en verdad la sangre de Cristo, que es la sangre de la alianza. Comer este pan es entrar en comunión con la persona del Señor vivo, es un dejarse penetrar por la vida de quien es el Señor, es buscar la asimilación de mi vida con la suya, es anhelar mi transformación y configuración con quien es Amor vivo. Por ello, la comunión del Cuerpo de Cristo implica la adoración y la voluntad de seguir a Cristo, que nos ha amado primero y nos envía por los caminos del mundo a actualizar en nuestra propia vida su misma entrega en obediencia a Dios y en amor servicial al prójimo.

De esta forma, nuestra eucaristía es diariamente fuente del amor de Dios que nos mantiene en la alianza fiel con Dios, con el hermano, con la familia, con la Iglesia toda. Así nuestra eucaristía, celebrada en espíritu y en verdad, es fuente de nuestro compromiso de amor y servicio a los pobres. Por ello, la Iglesia en España ha establecido en la fiesta del Corpus el Día de Caridad y nos urge a colaborar con Cáritas en su servicio de amor a los más necesitados. Esta urgencia es especialmente dramática en este tiempo de grave necesidad de muchas familias, también en Salamanca, por falta de empleo y de subsidio de desempleo: unos son como nosotros miembros del Cuerpo de Cristo y todos llevan impresa en su alma la imagen de Dios y reflejan en su necesidad el rostro sufriente de Jesús. Lo que a todos ellos demos o dejemos de dar, al Señor se lo damos o negamos.